

En el nombre de Dios hablo de teatros, y Él ponga tiento en mi pluma, pues si no lo remedia Su Divina Majestad, diré disparates a roso y veloso, que es materia resbaladiza de suyo y para escritores noveles resgosa, como caminar en mi tierra por diligencia.

GUILLERMO PRIETO

UNA DIFÍCIL LABOR LA DEL CRÍTICO DE TEATRO EN MÉXICO

“En el nombre de Dios hablo de teatros, y Él ponga tiento en mi pluma, pues si no lo remedia Su Divina Majestad, diré disparates a roso y veloso, que es materia resbaladiza de suyo y para escritores noveles rasgosa como, caminar en mi tierra por diligencia.” De este modo escribía Guillermo Prieto, *Fidel*, uno de los mejores, por no decir el mejor, de los costumbristas, humoristas y críticos mexicanos del siglo XIX, cuando publicó por vez primera una crónica teatral en el año de 1842, y yo hago más esas palabras ahora que, con audacia, me lanzo de lleno a estos difíciles menesteres, convencido de que ni siquiera la Divina Majestad en la que confiaba Prieto me salvará de decir “disparates a roso y veloso”.

Por otra parte, no ignoro que el papel de un cronista teatral es igual al del famoso “cuetero”, porque jamás se queda bien con uno ni con otro. Y vayan varios ejemplos para apoyar mis palabras y para curarme en salud: si una obra de teatro me gusta y la alabo, sobraré quien me llame ignorante y carente de todo buen gusto. Si, por el contrario, la comedia me parece mala, saltarán por ahí quienes me juzguen detractor, iconoclasta amargado y, también, ignorante. Si dedico adjetivos elogiosos a la labor de un actor que me haya convencido con su interpretación, la gente de teatro —¡ah, el temido, sórdido y adorado “ambiente”!— sonreirá irónicamente y dirá que ese actor, motivo de mis diti-rambos, es un amigo mío de la infancia. Si es a una actriz a quien glorifico, no faltarán las sonrisas maliciosas y se asegurará

que desde la adolescencia he estado enamorado de esa actriz. Si escribo que un actor está mal en su papel, contaré desde ese momento con un enemigo más que dejará de saludarme y que no se detendrá en divulgar que soy un amigo traidor y que la envidia me corroe los huesos. Si canto la palinodia en loor de una empresa, las demás murmurarán por lo bajo y por lo alto que he sido cohechado. Si no la pondero, esa misma empresa musitará que es debido a que la noche del estreno no me dieron buenos asientos.

En síntesis, que la crónica teatral es el oficio más desagradecido que existe; y si al menos el público lector se dejara guiar por los cronistas, ya algo se iría ganando; pero no sucede así y todos lo sabemos. Basta que los críticos digan que una comedia es pésima, para que la veamos por meses en la cartelera. (¿No lleva *La criada malcriada* más de trescientas representaciones?) O viceversa: obra elogiada, obra fracasada. ¿Entonces, se preguntarán ustedes, para qué hacer crítica teatral? Por una parte, porque escribir es una deliciosa enfermedad de la que muy rara vez nos curamos quienes la padecemos y, por la otra, y más importante, porque bastará que un solo lector perteneciente al público y no al “ambiente teatral”, esté de acuerdo con lo que uno dice, para justificar la labor del cronista.

El Nacional, 16 de noviembre de 1965

LA ÓPERA DE SALVADOR NOVO

Acaba de aparecer en la Colección Ficción, de la Universidad Veracruzana, un nuevo libro del inagotable Salvador Novo. El volumen reúne un libreto de ópera, en dos actos y en verso, intitolado *In ticitzevatl* o *El espejo encantado*; la pieza en un acto, *Cuauhtémoc*, representada hace dos o tres años en el Teatro Xola; la pieza también en un acto *El sofá*, de carácter poético-humorístico-onírico, y el *Diálogo de ilustres en la rotonda*, en el que